

Manuel MARTINEZ NICOLÁS (coord.)  
**Para investigar la comunicación**  
Madrid: Editorial Tecnos, 2008

Desde hace años el campo de la comunicación ha evolucionado cuantitativa y cualitativamente con respecto a su producción académica. En primer lugar, por el aumento del número de publicaciones que abordan este ámbito; en segundo lugar, por la heterogeneidad y complejidad que se ha alcanzado en ellas. Ambas cosas ponían de relieve la necesidad de hacer un repaso a todo un camino recorrido a fin de ver en qué punto se encuentra hoy en día la investigación sobre comunicación y cuáles son “las limitaciones que todavía nos frenan y las oportunidades que podemos aprovechar” (p.9). Todo ello se encuentra compilado en el presente volumen, a modo de *estado de la cuestión*, conformado por siete trabajos de diferentes autores. Cada uno de ellos aborda diferentes aspectos de este campo pluridisciplinar desde una perspectiva diacrónica, proponiendo como conclusión las pistas necesarias para la superación de los principales obstáculos que le acechan. En algunos casos se trata de fórmulas teórico-metodológicas explicadas con detalle, en otros – debido a la falta de consenso al respecto- toman la forma de preguntas abiertas cuya respuesta sería necesaria para el avance de la disciplina.

La comunicación es un ámbito que bandea entre la sociología y el periodismo. Y así se refleja en los sucesivos capítulos, en los que encontramos páginas dedicadas a uno u otro campo, e incluso otros en los que ambos aparecen entremezclados. En primer lugar, Martínez Nicolás –el coordinador de la obra- aborda desde una perspectiva histórica el estado de la investigación sobre comunicación en España. Pero lo hace evitando convertir el texto en una mera enumeración

de sucesos. Para ello mantiene una apostura crítica frente a ellos y sus resultados en el presente: “constatar que estamos aquí, en esta situación concreta, es un ejercicio casi banal si no entendemos cómo hemos hecho para haber llegado a tal situación y no a otra distinta” (p. 15). De este modo, pone en relación producción y comunidad científica con las condiciones históricas en las que se fraguaron a lo largo de tres periodos: emergencia, consolidación y desarrollo. Sin duda sistematizar el recorrido que lleva transitado la comunicación como área de investigación es interesante y útil, sin embargo, aun lo es más la aportación de retos y sugerencias futuras que plantea el autor. Para él este campo debería hacer frente –como tantas otras áreas de la sociología– a la falta de investigación empírica y a una deficiente organización académica en relación al estudio de la comunicación en las universidades españolas.

El segundo trabajo es el más sociológico de todos ellos, al menos en el sentido de que se aproxima a uno de los problemas planteados por la Sociología de la Comunicación de manera reiterada desde los años 60: la audiencia. O, en términos más exactos, los procesos de producción y recepción de mensajes y sus contextos. El guiño a McLuhan –“el medio es el mensaje” (p. 80)- es obvio, pero la invitación que nos hace el autor es quizá más novedosa de lo que aparenta: aplicar dicha premisa en este ámbito de investigación. Para ello analiza las transformaciones que han tenido lugar tanto en la sociedad de consumo como en el sistema de medios de comunicación para señalar, finalmente,

las principales líneas de investigación con mayor potencial actual: los cambios en la configuración de las audiencias multimedia y la asimilación de la comunicación dentro de las prácticas cotidianas de consumo.

A medida que se van sucediendo los trabajos expuestos se hace patente que todos ellos parten de una misma hipótesis: el estudio de las condiciones de producción de significados constituye una poderosa variable explicativa del cambio social. En esta misma línea se sitúa el tercero de los trabajos, esta vez analizando la forma en que se ha venido construyendo la Historia de la Comunicación y del Periodismo –así como sus paralelismos y diferencias– desde una premisa muy clara que da pie al autor a la crítica de gran parte de lo escrito hasta ahora: “la historia de la comunicación social se ocupa, o debería ocuparse, de la organización de la producción social de comunicación en el sentido más genérico” (p. 85). A partir de aquí nos introduce en las metodologías posibles de investigación al respecto, no sin antes recriminar la reticencia –proveniente de una actitud elitista– que ha tenido la comunidad académica a la hora de servirse de los medios de comunicación audiovisual como herramientas sustanciosas desde las que pensar la modernidad. En la parte final de la exposición se cuestionan las oportunidades y limitaciones del uso de fuentes, documentos y métodos para historiar la comunicación. En él se dedican varios epígrafes a consejos de gran valor práctico que constituyen un buen complemento a la teoría expuesta en un principio y que invitan a “cuestionarnos o hacernos preguntas que, tal vez, otros colegas no se hicieron, cuanto menos de la misma manera” (p.119).

El capítulo cuarto y quinto muestran trabajos complementarios. El primero de ellos

aborda el estado de la investigación en comunicación política, mientras que el segundo la acota y aplica de modo práctico al caso brasileño. La Ciencia Política ha eludido en muchas ocasiones “la dimensión simbólico-comunicativa que recubre los fenómenos del poder, el orden o el conflicto social” (p. 134). Por ello el primer reto que tuvo que abordar la Comunicación Política fue la delimitación de su propio espacio académico, a caballo entre la Sociología, las Ciencias de la Información y la Ciencia Política. Esta definición tardía es lo que lleva al autor a afirmar la falta de madurez que ha acarreado –hasta hace pocos años– de este objeto de estudio. No obstante, hoy en día estaríamos ante el asentamiento de sus bases epistemológicas en torno a dos modelos fundamentales: el mediático y el dialógico. El autor apuesta por el segundo de ellos, si bien reconoce las aportaciones realizadas por ambos a la explicación del proceso de comunicación política. El modelo mediático haría hincapié en el marco creado por los medios y es descartado por el peso excesivo que otorga a “una atmósfera ineludible en las relaciones comunicativas entre instituciones o actores políticos (...) y el conjunto de la ciudadanía” (p. 136) impuesta por dichos medios de comunicación. El modelo dialógico, por su parte, introduciría complejidad en el fenómeno incluyendo relaciones múltiples entre el Sistema Político, el de Ciudadanos y el de Medios sin que ninguna de ellas sea necesariamente hegemónica ni tenga que ser expresada públicamente, tal y como postula el modelo mediático. En una segunda parte del trabajo el autor realiza una aproximación a los temas preferentemente investigados dentro del ámbito de la comunicación política, desterrando el mito de que ésta sea sinónimo de estudios de procesos electorales. Si bien

en un primer momento su fijación en este tipo de fenómenos fue una de sus principales carencias, hoy en día han aparecido en escena otros igualmente sugerentes con los que la comunicación política ha diversificado sus contenidos: el *spin doctoring*, los escándalos y crisis políticas, la ciberdemocracia o el humor político y su incidencia en la percepción y reacciones políticas.

De nuevo, en el penúltimo de los trabajos expuestos, el libro retoma una perspectiva claramente sociológica para realizar una crítica económico-política de la sociedad de la información y la comunicología. Para ello se parte del concepto de Capitalismo Cognitivo para designar “un sistema cuya lógica del valor basada en la difusión del saber y la producción del conocimiento” disciplina y coloniza el ámbito de lo público “en función de las necesidades expansivas del capitalismo postfordista” (p. 201-202). Al introducir la variable económica en el análisis de la comunicación, la exposición incorpora la perspectiva materialista en un ámbito que tradicionalmente se ha caracterizado por la acentuación de las dimensiones simbólica y subjetiva. Es éste uno de los mayores aciertos del trabajo y, al mismo tiempo, su principal debilidad, pues sin duda otras escuelas le criticarían por haber dejado de lado el complicado proceso de recepción por parte de las audiencias. Dicho proceso no es totalmente independiente del sistema que produce el mensaje, pero tampoco la intencionalidad con que se emite éste último es totalmente determinante en la descodificación e interpretación. Por último, cabe destacar en esta misma línea materialista la propuesta para relanzar temas de gran interés aparentemente abandonados por la Comunicología como son la propiedad de los medios y tecnologías informativas, el análisis

teórico del funcionamiento de las industrias culturales o la intervención de la Economía Política del Conocimiento en la vinculación entre academia y organizaciones sociales.

El último de los trabajos es el menos interesante desde el punto de vista sociológico, ya que constituye una aproximación a la profesión periodística a modo de reflexión interna. Es decir, se trata de un texto que no busca encontrar conexiones entre comunicación y sociedad sino repasar la historia del periodismo y de sus profesionales. Para ello retrata los principales rasgos que la caracterizan desde la España de la dictadura franquista hasta nuestros días. Todo ello para llegar a unas conclusiones un tanto negativas acerca del estado de esta carrera. En el periodismo estarían proliferando en la actualidad impostores y embaucadores gracias, en parte, a la lógica del mercado y la competitividad a la baja. ¿Podrá, entonces, recuperarse el vínculo del profesional con el producto que da legitimidad a su oficio, la información? Según el autor esta salvación pasaría necesariamente por tres grandes ejes: una formación de mejor calidad en la Facultades, una frontera clara entre periodismo y política – “las reglas de uno y otro son distintas” (p. 239)- y la autorregulación de la profesión desde las propias organizaciones profesionales.

En definitiva, nos encontramos ante un libro capaz no sólo de hacer un exhaustivo recorrido a través de la investigación sobre Comunicación, sino también de sugerir infinitas vías futuras de exploración acordes con la complejidad que ha ido adquiriendo este campo.

IRENE LÓPEZ NAVARRO  
IESA-CSIC

Instituto de Estudios Sociales Avanzados